



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. . . 24 rs.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado

SUMARIO.

ARTÍCULOS. De la esclavitud en la costa oriental de Africa; conclusion.—El Miguelete, por don Alejandro Magariños Cervantes.—La Huérfana de los Pirineos, novela por don José María Goizueta.—España; apuntes geográficos y estadísticos.

GRABADOS. Conduccion de esclavos al mercado.—Alto de esclavos.—Juguetes de todas las edades.—Hombres.—A los seis años, á los veinte años, á los cuarenta años, á los sesenta años.—Mujeres.—A los seis años, á los veinte años, á los cuarenta años, á los sesenta años.—Mapa general de España.

DE LA ESCLAVITUD EN LA COSTA ORIENTAL DE AFRICA.

(Conclusion.)

Todo cuanto dijimos respecto á la condicion de los esclavos de ambos sexos hasta el momento de su venta, nos patentiza su posicion bajo el aspecto mas horrible é innoble á un mismo tiempo. Hasta el dia han estado entre las manos de especuladores sin corazon, cuyo unico objeto era hacer su tráfico del modo mas ventajoso posible, sacrificando el bienestar de los negros á la cantidad, y buscando los medios mas económicos para llevar á cabo su especulacion. El pobre esclavo se hallaba bajo el dominio de un traficante sin entrañas; pero le vende y entra en la familia árabe, y cambia su suerte de pronto, y en su consecuencia vamos á seguirle en su nueva condicion.

Una negra, con tal que no sea escesivamente delgada y fea, halla pronto un comprador.

Los muchachos se venden con bastante facilidad cuando no son deformes.

Cada tribu africana tiene sus cualidades buenas y sus defectos que se examinan escrupulosamente en el bazar.

El *macoua* es fuerte, paciente y fiel; pero tiene una cabeza de hierro, y la muger es una especie de animal de aspecto repugnante y estúpido. Las mugeres tienen la costumbre de horadarse el labio superior y de introducir en él una vértebra de *requin*, que algunas veces tiene el diámetro de un peso fuerte; y mientras mas deforme queda el labio, mas bellas se encuentran estas señoras. Cuando no están en completo tocador, se sacan este hueso y dejan lucir sus dientes, ¡y si siquiera estuviesen blancos! pero la costumbre de teñirse la dentadura es muy común entre esta clase de mugeres. Las mamilas colgantes, sus



Conduccion de esclavos al mercado.



Alto de esclavos.

rodillas callosas, sus manos y sus pies deformes, su cabeza erizada con un cabello lanudo y aglomerado, con frecuencia convertido en menudas pelotillas; sus orejas desmesuradamente largas, con un agujero análogo al del labio, tal es el espectáculo que ofrece el bello sexo de *gicongo*. Esta diferencia física entre los hombres y las mugeres, proviene de una sola causa: desde que se casa una muger, su marido la envía á trabajar al campo; ella trabaja, y el marido fuma, bebe y hace la guerra si esta existe. Despues de haber trabajado en el campo, y de regreso á su casa, la muger lava y monda el arroz, y prepara la comida á su señor que come primero y da lo sobrante á ella. Mientras trabaja tiene ademas que llevar sobre la espalda ó en las caderas al niño que está criando; en una palabra, hace todos los trabajos mientras el marido no hace otra cosa mas que dormir. Ahora se comprende por qué la piel del hombre es suave, y la de la muger escamosa, pues durante la infancia los niños y las niñas son generalmente é igualmente bonitas, y tienen un aspecto vivo y espiritual.

El *muyao* es dulce, donoso, inteligente; se adhiere con facilidad á su señor; pero es perezoso, goloso, ladrón, y cuando se enamora no se le puede sufrir.

El *myassa* es taciturno, celoso, embustero, rencoroso, gloton, ladrón; en una palabra, es la raza mas detestable de Africa. Jamas se sacará de él un buen esclavo.

El *maravi* es dulce, amante, fiel y trabajador tanto como lo permiten sus fuerzas, que no son muy grandes.

El *cafre* de Inhambani es un buen esclavo. Raramente es ladrón; pero es muy irascible y no perdonará nunca á quien le haya dado un palo; pero al mismo tiempo es muy inteligente.

Cada una de estas razas se distingue por señales indelebiles impresas en la piel desde su nacimiento.

En última linea vienen los hombres ya formados, que no se compran mas que por absoluta necesidad. Para doblegar al trabajo á estas naturalezas salvajes acostumbradas á no hacer nada, seria necesario mucho cuidado y vigilancia.

El esclavo varón al entrar en la casa del árabe recibe una abundante racion de arroz y de pescado. Si el negro es adulto no se olvidan, para fijarle, de seducirlo con el amor, y lo unen á una negra de la raza, por cuyo medio se logra hacer que no echo

de menos sus bosques y la familia que ha dejado: otras veces se manifiesta rebelde á toda clase de escitaciones, y el nuevo huésped no piensa mas que en la fuga; pero está bajo la vigilancia de dos esclavos domesticados que no le abandonan y sofocan su primer tentativa, en cuyo caso le ponen trabas que conserva en sus pies por espacio de dos ó tres meses, y ¡cosa increíble! este remedio produce su efecto. Cuando el esclavo ha estado tres meses encadenado, concluye por amar su nueva condicion, y cuando le quitan los hierros no se acuerda ya de repetir ninguna tentativa de evasión. Desde este momento entra á formar parte de la familia de su amo; habla con él, le consulta, y le consiente algunas veces que coma en su mismo plato. Le enseñan los elementos de la religion musulmana. A veces el señor suele casarle con una negra reformada del haren, le da terreno y algun dinero para edificar una casa, y desde este momento es mucho menos esclavo que los mas dichosos de nuestros campesinos. Nunca le venderá su amo; cultivará tranquilamente su campo cuyo producto le pertenecerá enteramente, y solo trabajará dos ó tres dias á la semana para su patron.

En cuanto á las negras, su suerte es mejor todavia; se ven adornadas de collares y brazaletes, perfumadas con aceites olorosos, cubiertas de ricas telas, y pasan al interior del haren á gustar las inefables voluptuosidades que un velo impenetrable oculta á nuestros ojos.

Antes de 1847, los árabes de Zanguebar tenian el derecho de trasportar esclavos á la Arabia, á Egipto y á Persia: todos los años se espedian ocho ó diez mil negros con este destino.

El infimo precio en que han caido los esclavos desde la prohibicion de la trata con los puertos de Arabia, ha contribuido á que se introduzcan mas esclavos en las islas de Zanguebar y de Pemba, y una de las principales causas del desarrollo de la agricultura en estas dos islas. Zanguebar ha recibido desde 1847 cerca de siete mil esclavos por año.

El esclavo permanece en la creencia musulmana, y seria casi tan fácil reducirlo al cristianismo como hacer abolir su esclavitud.

Las supuestas precauciones de los ingleses para abolir la esclavitud son ilusorias, y no hacen mas, por el contrario, que agravar el tormento de este rebaño humano sin disminuir en nada sus sufrimientos.

Es mas fácil vender opio de contrabando que moralizar las poblaciones, y sin embargo, solo por este último medio se conseguirá destruir este infame tráfico.

El Miguelete.

(RECUERDOS DE VALENCIA.)

Cada comarca, cada ciudad, cada pueblo, cada aldea, tienen, generalmente hablando, un rasgo prominente, un monumento, un sitio consagrado por alguna tradicion, recuerdo ó circunstancia, que los naturales enseñan con orgullo al viajero, y que éste, por poco artista que sea, se detiene á contemplar y graba con placer en su memoria, como un punto luminoso en el caos de las fugitivas impresiones del momento que nacen y mueren sin dejar en pos de sí la menor huella.

Esos rasgos especiales y característicos, esos monumentos y lugares son para la inteligencia humana, lo que los rayos del sol para las planchas del daguerrotipo. Penetran en ella sin el menor esfuerzo, y la imaginacion, prisma que ilumina y colora lo que existe y lo que no existe, la verdad y la mentira, el mundo interno y el mundo externo, busca con avidez alguna fibra virgen, alguna blanca página donde estamparlos. Acaso no tenga otro origen ese ligero estremecimiento, esa vaguedad y confusion de ideas que nos asaltan á la vista de una escena sorprendente, sublimen por el terror ó admiracion que infunde. Tal vez por eso nos falten á menudo palabras para expresar lo que sentimos, y cerramos los ojos involuntariamente, como heridos por algo sobrenatural que nos deslumbra.

¿Será que el alma por una intuicion vaga y misteriosa, libre un instante de sus terrenos lazos, se abre camino como un relámpago al través del tupido velo que envuelve á la naturaleza inerte y animada, y penetrando hasta su esencia, sorprende alguna maravilla secreta, algun recóndito arcano, alguna fugitiva nota del gran concierto de la creacion, que ni el pincel, ni los sonidos, ni las palabras de ningun idioma por rico que sea, alcanzan luego á reproducir, á pintar, á describir tales como son?...

Si, yo creo que hay en nosotros un sexto sentido, una centella del fuego inmortal, que se enciende al choque de cualquiera impresion vivísima y profunda, y que se oscurece ó apaga, no bien pretendemos apoderarnos de su luz divina, etérea, impalpable, y reducirla á la condicion perecedera de la palabra humana, escrita ó hablada. Muchas veces he experimentado sensaciones indefinibles, de las que, pasado el primer momento, no he acertado á darme cuenta; y mas de una vez he arrojado con ira la pluma, no pudiendo trasladar al papel de una manera satisfactoria las imágenes ó ideas que informes bullian en mi mente. Siempre he quedado descontento de mi obra, siempre me ha parecido muy inferior al tipo ideal que conservaba en mi cabeza.

Y sin embargo, á pesar de tan repetidos desengaños, do quiera que la casualidad ó el destino me llevan, lo mismo en la tierra que en el mar, ora en las faldas volcánicas de los Andes cubiertos de nieves eternas, ya bajo el cielo ardiente de los trópicos, tan pronto en los desiertos del Nuevo Mundo, como en las populosas y grandes ciudades de la vieja Europa, do quiera encuentro un placer indecible en consignar el bosquejo de los sitios que he recorrido y el de las impresiones que me asaltaron á su vista. Anheló conservar su recuerdo, aunque pobre y descolorido, y le consagro algunas líneas antes que los años le borren de mi memoria.

Este deseo me pone hoy la pluma en la mano. A falta de otro asunto mas ameno, pláceme decir cuatro palabras á los lectores del UNIVERSO acerca del MIGUELETE de la catedral de Valencia, punto el mas á propósito para admirar la ciudad y sus cercanías, y que justifica plenamente las eflexiones que encabezan este artículo.

Los valencianos le citan con orgullo, y siempre que se habla en su presencia de puntos de vista interesantes, preguntan al forastero:

—¿Ha estado vd. en el Miguelete?

Y si se les contesta negativamente, añaden estirándose los cuellos de la camisa (si la gastan), con cierto aire de asombro (que asusta), y con una amabilidad (que equivale á una orden terminante):

—Pues vaya vd. á verle, porque es cosa muy buena.

Como en las provincias (y en la corte) está uno cansado y fastidiado, y harto de ir á ver cosas muy buenas, y luego encontrarse con *cualquier cosa*, no hice yo gran caso de estas advertencias; pero una tarde, no se como, al pasar por la plaza, se me antojó subir, y confieso que quedé enamorado del sitio, tanto que repetí la visita casi diariamente todo el tiempo que estuve en Valencia.

Entrando por la calle de Zaragoza, una de las mejores y de las pocas que gozan el privilegio de estar empedradas, se ve al frente una pequeña puerta de un solo arco redondo y precedido de un reducido atrio, cerrado con verja de hierro sobre zócalo de piedra blanca. Esta puerta es la del Miguelete, que toma su nombre de la torre que está al lado, y por ella se entra á la catedral para subir á aquel. No hetenido la curiosidad de contar cuantos escalones hay, pero recuerdo que son muchos y que la subida es bastante fatigosa.

Al llegar á la cumbre, lo primero que llama la atencion es la ciudad de Valencia, que se dilata alrededor de la torre describiendo curvas irregulares, como un grupo de serrezuelas y colinas aglomeradas en una espaciosa llanura.

La poblacion en su conjunto, ofrece el aspecto y los contrastes de todas las ciudades antiguas. Entre aquella multitud de edificios vetustos y modernos, numerosas iglesias, plazas pequeñas, calles tortuosas y sombrías, recodos y encurvaduras, se levantan aqui y alli edificios tan magníficos como el palacio de la Aduana, (hoy fábrica de tabacos), los de los condes de Cervellon, Alcudia y Parsent, las casas de los señores Beltran de Lis, Dotres, Vergés, etc. Son tambien notables por mas de un concepto, y contribuyen á realzar el contraste, recreando la vista con la variedad de su arquitectura, y el pensamiento con los recuerdos que atesoran, el suntuoso palacio arzobispal, la espléndida fachada del convento de Santo Domingo, el primero que fundó el rey don Jaime el Conquistador (1238), la Lonja de la seda, la casa del moro Zeit; el lindo paseo de la Glorieta, la plaza redonda del Cid, el Mercado nuevo, con sus dos galerías laterales sostenidas cada una sobre veinte columnas; las torres de Serranos, construidas como fortalezas durante las guerras con don Pedro de Castilla; la bonita Puerta del mar las murallas que ciñen la ciudad, y por último, los varios puentes sobre el Turia, que parecen los brazos de un gigante, estendidos para abrazar el suelo, cual si recelaran que la codicia estrangera viniese otra vez á arrebatárselo.

La vista vaga distraída de un punto á otro, y el corazon se ensancha ó se oprime dolorosamente al ir recordando las confusas historias de otros tiempos. ¡Cuántos siglos, cuántas generaciones y acontecimientos se han sucedido en el estrecho radio que abarca la ciudad! Cuántas veces han cambiado esta y aquellos su faz, y cuántas las piedras de esos millares de edificios, vencidas por la accion lenta de los años ó la voracidad del fuego, han caido desmoronadas y han vuelto á levantarse y á unirse en forma de chozas ó palacios, bajo la poderosa mano del hombre! ¡Cuántas veces los rayos del sol, la lluvia y los vientos se han estrellado furiosos en alguna de sus obras, que han desafiado, desafián y desafián impávidas la ira de los elementos y el embate de los siglos, cuando no queda ya ni el polvo de los huesos de sus autores. ¡Ah! ¡y qué amarga es esta idea! El potente brazo, la robusta inteligencia que les dió vida, hundiéronse para siempre en la tumba, y quedó en pie su obra como un sarcasmo de la efimera existencia del artífice. Así el gusano de seda muere en el capullo preparado por él, y lega y enriquece con sus despojos á su mismo asesino. Nosotros somos los gusanos, y el cultivador avaro, la tierra que nos produce, nos explota y nos devora sin piedad!

Pero apartemos los ojos de estas tristes consideraciones y volvámoslos hácia la deliciosa vega, que puede rivalizar en mi concepto con las mas célebres de la Península, inclusa la de Granada.

La huerta de Valencia es un riquísimo vergel, donde se cultivan ó podrian cultivarse las principales producciones del reino vegetal, así del nuevo como del viejo mundo, fertilizada con la admirable distribucion, orden y arreglo de su antiguo sistema de riego. Ocho grandes acequias, cuya construccion se eleva á la época de los árabes, esparcen por do quier cual vivificantes arterias savia fecunda de vida y eterno verdor. El agua, sangre de la tierra, cruza el suelo en todas direcciones, y destrenzada en hilos de plata, borda los campos vecinos ó encierra en marcos mas relucientes que el bruñido acero, los graciosos cuadros de esmeralda en que el terreno se encuentra dividido. A su margen brota la silbadora caña, mecen sus rizados penachos los altivos maices, el túpido cáñamo agita su ondulante cabellera, y doblan sus espigas los lánguidos arrozales, agoviados por el número de sus gracios. El suelo se viste con un manto de flores y verdura: aqui el laurel entreteje su espeso ramaje con el mirto consagrado á Venus; alli alguna palma solitaria, alguna meñolítica higuera proyectan la sombra de sus anchas hojas sobre las rastreras matas de hortalizas y de frutas que hormiguean á su planta; mas allá destácase en la falda de un collado algun frondoso olivar, un montecillo de limoneros, ó alguna dilatada viña; mientras que á su alrededor yense diseminados de trecho en trecho pinos gigantescos, encinas seculares, densísimos naranjos, flexibles algarrobos, fresnos plateados, corpulentas hayas, álamos blancos, sombríos sauces y nogales. Los almendros, manzanos, perales, albaricoques, acacias, morales y otros mil árboles y arbustos, cuya sola nomenclatura exigiria muchas páginas, ora aislados, ora reunidos en vistoso maridage, entrelazan sus ramas y embalsaman el aire con la esquisita fragancia de sus flores y sus frutos.

Los pueblos y edificios, desparramados en el anfiteatro de la huerta, blanquean á la distancia ó semi-ocultos entre las hojas, como témpanos de hielo fluctuando sobre las olas, ó como una bandada de niveas palomas que cruzan un bosque de sicomoros; y las dobles filas de lúgubres cipreses de la Cartuja y del Cementerio, que forman en este último un cuadrilátero perfecto con un suntuoso mausoleo en el cen-

tro (1), parecen los cazadores que los persiguen, ó bien, avanzados centinelas que durante la noche guardan el sueño á la ciudad dormida.

Velada entre confusos vapores, al Norte y al Oeste, corre una cadena de montañas; y el Turia se oculta y reaparece, siguiendo las sinuosidades del terreno, hasta que se pierde en el mar, que se divisa en lontananza, unido, terso, inmóvil, reflejando en sus tranquilas aguas la calma y el azul del firmamento, como un puente de cristal suspenso entre la tierra y el cielo....

Por desgracia, como siempre al lado de una idea risueña nos asalta otra triste ó diabólica, no sé por qué, al mismo tiempo que comparaba al Océano con un puente para subir á la bóveda estrellada, como un velo prendido de las nubes para ocultar al Altísimo nuestras miserias, ú otro simil equivalente, los buques anclados en el puerto y los esquifes que cruzaban la bahía, mas bien que embarcaciones, se me antojaban cuervos marinos, espíritus malélicos, que personificaban los ruines instintos y malas pasiones que nos alejan del sendero del bien y nos impiden elevarnos hasta Dios.

La costa de Valencia participa de las condiciones de su cielo apacible, sereno y voluptuoso: toda ella es una playa de menuda arena donde no se ve una sola piedra; y esta circunstancia, que sin duda le quita la severa é imponente magestad de las costas erizadas de peñascos, y el sublime estruendo de las olas cuando impelidas por el huracan mugen, saltan, se estrellan y vuelan en pedazos al chocar contra las rocas, esta circunstancia, repito, está mas en armonia con la naturaleza meridional del suelo valenciano, con su atmósfera tibia y embalsamada y con el carácter de sus hijos y de sus hijas.

Hay quien asegura, malas lenguas por supuesto, que los primeros son volubles y otras cosas que se callan; y que las segundas,—esto es lo que menos perdono á los calumniadores —no acostumbran distinguirse por su constancia, ni por su entereza ni.... por otras virtudes que recomienda el Catecismo. Escuso añadir (no sea que irritadas se borren algunas de las listas suscritoras que cuenta el UNIVERSO en la ciudad del Cid), escuso añadir que yo no creo semejantes falsos testimonios, que de todo hay en la viña del Señor, y que en todas partes cuecen habas como dice la comedia.

Volviendo, pues, al MIGUELETE del que ya casi me olvidaba, diré para concluir que las magníficas perspectivas que ofrece varían de aspecto, segun la hora, la estación y el estado de la atmósfera. Yo las he visto con los albores de la mañana y cuando el sol tocaba en el cenit, á la caída del crepúsculo y al rayo de la luna; al incierto fulgor de las estrellas y durante un hermoso dia ó una plácida noche de verano; y finalmente, cuando se encapotaba el cielo, y cuando la tempestad bramaba frenética en el espacio....

He pasado horas enteras apoyado en la barandilla de la torre, sumergido en hondas meditaciones, ó en una calma indolente y vagorosa que carece de nombre, porque si bien es cierto que pensaba en algo, no tenia conciencia de lo que pensaba, y luego no me acordaba de nada.

Por las mañanas, el sentimiento poético se despertaba en mí vehementemente é irresistible, y me imaginaba que si la tierna musa del malogrado Arolas hubiese descendido á templar las cuerdas de mi desacorde lira, habria yo improvisado un poema para pintar las rosadas tintas de la aurora, las montañas que humeaban, cual si palpasen de placer y exhalaran su aromado aliento en tributo de adoración al Eterno; los árboles que empezaba á dorar el sol naciente; la brisa que los mecia; las gotas de rocío agrupadas como facetas de brillantes en el cáliz de las abiertas flores; las aves que saltaban de rama en rama, y la expansion de la naturaleza entera, ébria de amor y felicidad....

La luz del medio dia, que inundando el cielo y la tierra en un diluvio de oro, permitia al paisaje resplandecer con toda su magnificencia, me hacia recordar con envidia el genio de Herrera y el poder de Felipe II. Faltaba alli un monumento, una obra de la inteligencia y del poder humano, que luchase en brillo, en primor, en riqueza, en hermosura, con el espectáculo que tenia delante de mis ojos....

Comprendía que hasta el mármol podia animarse y cobrar vida, si mi diestra, armada con el cincel de Cánova ó de Fidias, hubiera podido, como estos eminentes artistas, comunicar á la piedra inerte la profunda tristeza, la amargura que destilaba mi corazon, los recuerdos ingratos, las dudas y temores pueriles que me asaltaban, cuando el crepúsculo pavoroso, semejante al ave fatídica que, segun dicen, se posa en el techo de los que deben morir, avanzaba por Occidente desplegando sus negras alas y cubriendo con una gasa fúnebre mis ojos y mi espíritu, el campo y la ciudad, el llano y la montaña, el mar y el rio, la tierra y el firmamento.... pero no bien asomaba la luna, coronada de radiantes luceros, no bien su lumbré consoladora devolvía la paz á mi alterado pecho, giraba la vista alrededor y sentía otra vez latir con fuerza el corazon y bullir en mí frente un nuevo irrealizable deseo. Pensaba que podria legar mi nombre á la posteridad, si el ángel que guiaba la mano de Murillo y Rafael combinase los colores de mi paleta y me enseñase el modo de arrojar sobre el lienzo, palpitantes de vida é inspiracion, aquel grupo fantástico de centenares de techos y paredes de todos colores y épocas, de plazas y jardines, de pardos capiteles, de palacios, iglesias y monasterios, iluminados por los trémulos destellos del astro nocturno; que ora se confundian con el millar de luces artificiales, que brillaban por todas partes como fuegos fatuos ó insectos luminosos, ora reberberaban en las blancas arenas de la playa, en el mar, en los altos masteleros de los buques, en el limpio cristal de las acéquias, en las tendidas praderas, en el declive de un valle, en las copas de los árboles ó al través de sus hojas.

Finalmente, cuando rugian los elementos desencadenados envidiaba la ventura del músico, que puede describir con sonidos lo que se escapa á la pluma, al buril, al compás, y al pincel: el estampido del trueno, el viento que se estrella en las góticas torres; los árboles que se inclinan, gimen y abandonan al huracan sus mas lozanas hojas; el cárdeno resplandor de las centellas; la lluvia que se desata en raudos

(1) Perteneció á don Juan Bautista Romero, hijo de un rico comerciante de Valencia; su construccion es sencilla y al par lujosa y elegante: la urna cineraria y las dos estatuas que la decoran son de indisputable mérito. La inscripcion castellana nos pareció muy larga, y la latina muy manoseada

torbellinos; las nubes densas, lividas, que interceptan la claridad del día, y se derraman por el espacio como la negra lava de un volcán y con el sordo ruido que precede á su erupción; el mar que salva sus marcados linderos, como un tigre que rompe su cadena; el rayo, que serpea por el cielo y fulgura en la oscuridad como la espada de fuego que vibraba el querubín que arrojó á nuestros primeros padres del paraíso; el rayo mensajero de la cólera de Dios, destello de su inflamado aliento, que trae al mundo al genio de la destrucción y la muerte cabalgando sobre sus igneas alas!...

¡Oh! ¡quien fuera gran poeta, arquitecto, estatuario, pintor y músico!

Razon tienen los valencianos de celebrar el MIGUELETE. El alma á medida que se eleva de la tierra, física y moralmente, se aproxima á su Hacedor; comprende y admira mejor sus obras; se baña en una atmósfera mas pura; se abre á mas nobles impresiones; cree, ama y espera, y desciende al suelo fortalecida por la meditación y la confianza en el ser Omnipotente autor de tan sublimes maravillas. La naturaleza es un libro abierto á la inteligencia de todos, y ¡ay del que no acierta á leer en sus páginas elocuentes, escritas con todo lo que existe, se mueve y piensa, el nombre de su divino autor y los gloriosos destinos de la humanidad!

Madrid, octubre de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

La huérfana del Pirineo (I).

CAPITULO IV

MADAMA DE BRESSENS.

No crea el lector que vamos aquí á trazar un cuadro en que aparezcan torres almenadas, puentes levadizos, murallas mas ó menos gruesas, oscuros corredores, escaleras de caracol, ni puertas secretas; tampoco hallarán descripciones de salones góticos de estrechas ventanas cargadas de cariátides, y festonadas de aquellos calados que son la desesperación de nuestros arquitectos modernos: semejante descripción seria muy bella: su sabor á *edad media* la haria interesante por demas sin duda alguna, y en ella podríamos lucir la poesía de nuestra imaginación, si es que tenemos imaginación poética. Desgraciadamente nos vemos obligados á renunciar á esta gloria, limitándonos á decir en dos palabras la verdad, y nada mas que la verdad. Y esta es, que la casa en que entraron nuestros caminantes, si bien mayor que las demas del pueblo, no por eso dejaba de ser una cosa muy prosaica, es decir, una casa como lo son en general la mayor parte de las que habitan en todo el país vascongado de allende y aquende el Pirineo, los propietarios acomodados.

Constaba, pues, de un espacioso zaguan, un aseo y cómodo establo, un corral para la volateria, un cercado para el ganado lanar, un horno pegado á la casa por la parte exterior y una cocina de grandes dimensiones: esto á piso llano. En el superior, un salon que ocupaba todo el frente de la casa, con un balcon corrido de madera pintado de almazarron, cuatro ó seis dormitorios cómodos, y sobre estas habitaciones, desvanes y graneros. La pieza principal de la casa era el salon, que se veia decorado con algun lujo, pues pendian de sus paredes dos espejos y algunos cuadros que representaban escenas de la cruzada que tan desgraciada fué para el buen rey de Francia, San Luis: sillars de alto respaldo hallábase simétricamente colocadas contra la pared; una mesa de encina maciza y de color negruzco ocupaba el centro de la sala, y en uno de sus rincones, un magnífico reclinatorio de ébano llamaba la atención por la riqueza de sus embutidos de nácar.

Junto al balcon, y ocupada en labores de aguja, estaba sentada la dueña de la casa.

Carolina Maria de la Mothe, ó como la llamaban comunmente, madama de Bréssens, era una muger de treinta y cuatro años, de elevada estatura, ojos negros rasgados, nariz modelada á la romana, cabellos castaños y abundantes, cuello torneado y manos aristocráticas: era, en fin, una hermosa muger al primer golpe de vista: para hombres de corazon medianamente inflamable y en quienes la razon no entra para nada, el continuo trato con Carolina hubiera sido peligroso: un hombre observador habria empezado á precaverse contra su hermosura; porque á través de aquellas lenguas pestañas, percibíase de vez en cuando miradas de fuego sombrío y de significación dudosa. El amor de aquella muger debía ser un continuo delirio: amor abrasador que mata al que lo inspira y á la que lo abraza en su corazon: su odio seria tambien profundo, implacable, feroz. Aquella muger, dedicada á las prácticas de devoción, seria ascética y llevaria su mortificación hasta el martirio.

A luego de haber concluido en Francia el reinado del terror, apareció Carolina en aquella comarca en compañía de un mayordomo de alguna mas edad que ella, hombre taciturno y de costumbres austeras. Compró aquella casa, encerróse en ella, y solo algun domingo se la veia atravesar la plaza del pueblo para ir á la iglesia á oír la misa del alba. Algunos vecinos curiosos empezaron á esparcir la voz de que salia á veces de noche acompañada de su mayordomo, tomaba el camino de Errazu. No faltó quien quiso seguirla para averiguar el objeto de estas escursiones nocturnas; pero saliales fallida su curiosidad, porque las mulas que montaban señora y mayordomo, eran las mas andariegas de la comarca, y por buen andarín que fuese el que los espiaba, siempre los perdía de vista á los cien pasos del pueblo. En vista de la imposibilidad de averiguar alguna cosa, cesaron los vecinos en su espionaje nocturno, limitándose á observar lo que sucedía en el interior de la casa. Para conseguirlo, valiéronse las comadres del pueblo de todos aquellos ardidés femeninos que rara vez dejan de producir ópmos frutos; y aquellos consistían en acudir á la lechería de Mad. de Bréssens en busca de un poco de nata para aplicarla á la quemadura de un niño travieso; en introducirse en la cocina á pedir prestado un poco de vinagre para guisar una perdiz, ó en suplicar al mayordomo les permitiese entrar en el huerto cercado, con el

objeto de recoger raices de *sanguinaria* para componer una tisana.

Pero en la lechería se les daba la nata sin adelantar gran cosa en cuanto á noticias, por la sencilla razon de que el pastor nada sabia: en la cocina se las prestaba el vinagre, que nunca devolvían, sin conseguir por eso su objeto: y el taciturno mayordomo permitia la recolección de raices de *sanguinaria*, presenciándola silenciosamente.

La encargada de la correspondencia pública, ó sease la administradora de correos, como ella se titulaba con énfasis, fué el último recurso de las comadres para satisfacer su curiosidad. Cada semana traía invariablemente el balijero dos cartas abultadas para Mad. de Bréssens, y las contortulas de aquella funcionaria pública, la sobornaron á pesar de su resistencia, que en honor de la verdad, duró mas de media hora. Hubo convenios, promesas, amenazas, artículos adicionales y demas formalidades que en semejantes casos se observan, y al fin convino la administradora en profanar á medias el sagrado de la correspondencia, pues lo que es á enteras, no lo hubiera consentido su conciencia timorata aunque la asatearan. Dispúsose, pues, que las cartas de Mad. de Bréssens se leerian abuecándolas y desdoblándolas sin romper el sello de lacre negro con que todas venían cerradas. Pero aquí tropezaron con otra dificultad: ninguna de aquellas honradas vecinas sabia leer. El comisionario para ello á un hombre de la localidad, hubiera sido imprudente, puesto que los hombres eran unos parlanchines en el concepto de aquellas matronas. Era, pues, preciso pensar en otro, y este otro lo hallaron: el balijero en persona. Este cargo lo ejercia Damian el monaguillo, antiguo conocido nuestro, el noticiero por escelencia, y el que todos los martes y viernes conducía la balija de cartas desde Errazu á Urdós y vice-versa, y entre las cuales se encontraban siempre los pliegos abultados. De aquí dedujeron las comadres una consecuencia.

—Mad. de Bréssens estaba en correspondencia con un español.

Algo era esto: aguardaban, pues, con impaciencia el martes: llegó al fin: vióse asomar por las puertas de la administración de correos la rubicunda y mofletuda faz del monago: abrióse la balija: encerraba dos cartas: una para el señor cura á quien consultaban acerca de un caso de conciencia, y otra para el albeitar á quien se suplicaba pasase á Errazu con el fin de asistir á la compra de un par de vacas que pensaba verificar al otro día un hermano suyo.

—¿Qué significa esto, Damian? le preguntó la administradora viéndose chasqueada.

—¿Pues qué sucede? preguntó el muchacho socarronamente.

—Aquí no hay mas que dos cartas.

—¿Y qué queréis que yo haga? No me han entregado mas que las que he traído.

—Tampoco te se dará la tostada y el par de huevos ofrecido.

—Pero ¿tengo yo la culpa de que no escriban á Mad. de Bréssens? preguntó Damian con voz plañidera.

—Tiene razon el muchacho, contestaron las otras vecinas.

Comió el monaguillo los huevos y la tostada que la administradora no le pudo negar, y se despidió de las comadres, haciendo una mueca burlesca apenas perdió de vista la casa.

Lo que habia sucedido era lo siguiente: Damian admitió la proposición que se le hizo de leer concienzudamente las cartas de Mad. de Bréssens siempre que cada martes y cada viernes se le regalase con una tostada de manteca y un par de huevos fritos. Por una casualidad providencial, se encontró el mismo día con el mayordomo de Carolina, á quien contó lo sucedido: éste le ofreció veinte y cinco céntimos, ó sea un real, porque le entregase intactas las cartas que venían dirigidas á su señora, y el monago aceptó tambien esta proposición mas ventajosa, reservándose aprovecharse de ambas todo el tiempo que pudiese. Así es que se comió seis tostadas y una docena de huevos fritos, antes que la administradora, convencida de que ya no recibía cartas Mad. de Bréssens, se decidió á rescindir el contrato. El mayordomo por su parte le daba fielmente el real, y Damian le entregaba asimismo fielmente la carta.

En este estado se hallaban las cosas, cuando por el otoño de aquel año y despues de mucho tiempo que los vecinos no veían á Carolina, empezó á notarse algo de estracordinario en la conducta de los habitantes de la casa de Mad. de Bréssens. Hasta entonces esta señora habia vestido con sencillez: trages de seda en el verano, de paño fino ó terciopelo en el invierno: pero el color invariablemente negro.

Desde fines de setiembre se vió con asombro en el pueblo, que Carolina variaba el color y hasta las hechuras en sus vestidos; observóse con admiración que se asomaba al balcon con mucha frecuencia, ella, que á veces se pasaban meses enteros sin que nadie la viese á no ser algun domingo al ir á misa: tampoco pasaron desapercibidos los paseos solitarios, pero frecuentes que daba en un bosque vecino, bosque que compró cercándolo con una pared alta en la cual dejó una puerta que comunicaba con el campo.

Graves debían ser las causas que producían aquel cambio tan repentino en la conducta de Mad. de Bréssens.

Pero lo que mas chocaba en todo esto era, que cuanto mas comunicativa, menos altanera y orgullosa se hacia Carolina, mas taciturno, mas sombrío y de peor gesto se tornaba el mayordomo.

Carolina bajaba ahora á veces á la cocina, visitaba la lechería, daba de comer á las palomas, y dirigía con amabilidad la palabra á las sirvientas de su casa, contestando afable al saludo de las lugareñas, mientras que antes apenas inclinaba la cabeza al pasar junto al cura párroco del pueblo.

El mayordomo por el contrario, de taciturno que era se convirtió en mudo: alguna que otra vez acostumbraba fruncir imperceptiblemente la boca, lo cual significaba haberse reído hasta el extremo de dolerle los hijares; pero ahora podía decirse que su cara no tenia músculos; tal era su inmovilidad.

A los dos meses de haberse notado lo que acabamos de bosquejar, supose que Mad. de Bréssens buscaba una doncella jóven, impuesta en leer, escribir y contar; que supiera cortar, coser y bordar, y que al mismo tiempo pudiera servirle en calidad de camarera.

No hubo madre en Urdós que no presentase las suyas para obtener aquel empleo; pero todas fueron dese-

chadas, aunque templando de algun modo la crudeza del desaire con algun regalo.

Así es que cuando algunos vecinos vieron llegar á Gaspar con su hija á casa de Carolina, ya sabia todo el pueblo á los cinco minutos que madama habia encontrado al fin una camarera.

Hallábase aquella como hemos dicho junto al balcon, al cual se asomó apenas oyó el ruido de las pisadas de la mula que conducía á Inés.

Aun se encontraba allí, cuando se abrió la puerta del salon: volvió la cara y vió parado en el umbral al taciturno mayordomo.

—¿Es la camarera que aguardo esa jóven que acaba de llegar? preguntó Carolina.

—Sí, señora, contestó el mayordomo.

—¿Es jóven? tornó á preguntar.

—Sí señora.

—¿Bonita?

Esta vez el mayordomo se encogió de hombros por toda respuesta.

—Bien está. ¿Quién la acompaña?

—Su padre.

—Házlos subir, mi buen German, y que cuiden de su mula.

El mayordomo giró como un recluta sobre los talones, y desapareció.

Un momento despues volvió á aparecer precediendo á Gaspar é Inés.

Carolina correspondió al saludo de ambos, les invitó á sentarse, y dijo á su mayordomo:

—German, manda añadir algo á nuestra cena: puedes retirarte.

Practicó éste la misma evolucion que antes y salió cerrando la puerta.

Inés contemplaba aquella muger tan hermosa, admiraba la elegante bata que ceñía su cuerpo de ninfa y aspiraba con delicia el perfume suave que exhalaba su cabellera.

Gaspar por su parte la examinaba tambien; pero su examen era distinto del de su hija: queria descubrir el carácter de Carolina, en sus ojos, en sus palabras, en sus menores gestos.

Carolina, al ver á Inés, frunció imperceptiblemente el ceño murmurando:

—¡Es muy hermosa!

Luego se miró al espejo que tenia en frente y una sonrisa de satisfacción asomó á sus labios.

Todo esto sucedió mientras Inés y Gaspar se sentaban. Para éste no pasó desapercibido ni el fruncimiento de cejas ni la sonrisa de Mad. de Bréssens.

—¿Sois vos, señorita, á lo que parece, dijo Carolina á Inés, la jóven de quien me ha hablado tan ventajosamente el cura de este pueblo?

—Sí señora, contestó Inés bajando los ojos modestamente.

—¿Cómo os llamais, señorita?

—Inés.

—¿Vuestro apellido?

Inés quedó cortada sin saber qué contestar. Miró á Gaspar ruborizada y calló.

—Su apellido es el mio, se apresuró á decir el montañés.

—Lo supongo, dijo Carolina sonriéndose, puesto que sois su padre: ¿cuál es vuestro apellido?

—Ochoa, señora.

—Muy bien. Decidme ahora lo que sabeis hacer.

—Bordar con primor, dijo Gaspar antes que contestase Inés.

—¡Padre! añadió ésta en tono de suave reconvencion.

—Bordar con primor! repuso Carolina. Os doy la enhorabuena, señorita. ¿Y con quien habeis aprendido á bordar?

—Con una señora que vino emigrada á Errazu y que tuvo que dedicarse á enseñar á las niñas á coser y bordar para poder subsistir.

—¿Era francesa?

—Sí, señora.

—¿Vive aun?

—No, señora: murió la infeliz.

—¿Teneis algo que enseñarme como muestra de vuestro trabajo?

—Gaspar se desciñó apresuradamente la faja de seda bordada por su hija adoptiva, y la puso en manos de Carolina. Esta la examinó atentamente y la devolvió al montañés diciendo:

—Es trabajo delicado y os felicito por ello.

—¡Oh! mi Inés es una alhaja, exclamó Gaspar entusiasmado por el elogio de Carolina.

—¡Padre! dijo Inés en el mismo tono que antes.

—Teneis un escelente padre, señorita, y debeis agradecerlelo á Dios.

—Así lo hago, señora, todos los días.

—¿Y vuestra madre?

—Murió, contestó Inés en voz baja.

—Razon mas para que ameis á este hombre de bien, dijo Carolina. Porque habeis, de saber, Ochoa, añadió dirigiéndose á Gaspar, que no ignoro los sacrificios que os habeis impuesto para educar á esta jóven de una manera que no corresponde á su nacimiento.

Esta vez fué Gaspar el que se puso colorado al oír aquellos elogios.

—Aunque no sé, añadió, hasta qué punto habeis acertado en ello: pero en fin, eso no es del caso. Esta jóven me conviene, y creo no tendrá nunca motivos para quejarse de su suerte.

—Eso es lo que deseo, señora, observó Gaspar.

—Esperemos en Dios que así suceda. Señorita: desde este momento entráis en el ejercicio de vuestras funciones: comedéis en mi mesa, cuidareis de mis ropas y alhajas, sereis la que me acompañe siempre que salga de casa, y solo os encargo respeteis como á mi persona la persona de German mi mayordomo. En cuanto á los gajes fijados vos misma.

—Mi hija no recibe gajes: contestó Gaspar.

—¿Cómo no? preguntó admirada Carolina.

—Mi hija no viene á serviros asalariada, volvió á decir Gaspar.

—Pues entonces....

—Señora, interrumpió Inés, yo necesito á lo que parece, completar mi educacion, y con ese objeto vengo á serviros.

—Eso es, dijo Gaspar.

(Sigue á la página 22).

(1) Véanse los números anteriores.

Juguetes de todas las edades.—Los hombres.



A LOS SEIS AÑOS.



A LOS VEINTE AÑOS.



A LOS CUARENTA AÑOS.



A LOS SESENTA AÑOS.

Juguetes de todas las edades.—Las mugeres.



A LOS SEIS AÑOS.



A LOS VEINTE AÑOS.



A LOS CUARENTA AÑOS.



A LOS SESENTA AÑOS.

—En ese caso, señorita, nada tengo que decir.
—Nada, señora, yo me comprometo á cumplir con los deberes que me habeis indicado, y solo os suplico seais benévola conmigo.
—Lo seré, porque se me figura que sois acreedora á ello.
En este instante asomó el mayordomo á la puerta de la sala y dijo en voz mas alta que de costumbre:
—La cena.

A la mañana siguiente se despidió Gaspar de su hija adoptiva abrazándola cariñosamente, y encargándola le diese aviso inmediatamente, si por acaso no la convenia prolongar su estancia en casa de Mad. de Bréssens. Inés lo acompañó hasta la salida de Urdós.

Largo rato estuvo la joven con la mirada fija en su padre, que se alejaba al paso de su mula. Cuando lo perdió de vista, tapóse los ojos con un pañuelo que al retirarlo estaba empapado en lágrimas.

CAPITULO V.

EN EL QUE SE VERA QUIENES ERAN MAD. DE BRESSENS Y SU MAYORDOMO.

Retrocediendo tres dias, esto es, volviendo al mismo en que Felix é Inés se comunicaban sus temores y sus esperanzas, ocurrían en Urdós los sucesos que vamos á narrar; pero antes de pasar á relatarlos, bueno será que demos algunas aclaraciones para su mejor inteligencia.

El teniente de artillería de Tolon se habia coronado emperador de los franceses. Este acontecimiento inesperado que colocaba en manos de un hombre de vasto genio todos los recursos de una gran nacion y de todos sus aliados, alarmó á los monarcas de Europa que empezaron á abrigar el temor de ver pasar sus coronas á las sienes de los generales de Napoleon. Hicieron un esfuerzo supremo; pero vino á estrellarse en las bayonetas francesas.

A pesar de la paz de Tilssit, consecuencia del aniquilamiento de los rusos en Eylau y Friedland, ó mejor dicho, gracias á esta paz que dejaba algun sosiego á las monarquías de Europa, comenzaron éstas á preparar de nuevo sigilosamente los medios de luchar con alguna ventaja contra las huestes del emperador francés en la guerra que preveían mas ó menos próxima. La Inglaterra era el alma de todo: animaba á los pusilánimes, avivaba el odio de los mas dispuestos, ofrecía su oro y sus escuadras á los débiles y cubría la Europa de agentes activos é inteligentes, que la secundaban maravillosamente.

La Gran Bretaña habia perdido su último punto de apoyo en el continente: este era Portugal. Cuando los gabinetes del Norte de Europa vieron que las miras de Napoleon se dirigían á España, se alegraron; porque se les figuraba que cuanto mas se alejase del Rhin, mejor podrian ellos hacer sus preparativos.

Compadecían á la España, si, porque sabian por experiencia propia lo terribles que eran las consecuencias de una lucha con aquel genio colosal; pero la compadecían como una victima que debia ser sacrificada á la seguridad general. A esto, y solo á esto se reducía el interés que inspiraba la España á las demas potencias. Cuando vieron que las huestes de Napoleon se internaban en Castilla, borraron del mapa el nombre de «España» y esperaban, con la pluma en la mano, á que el emperador de los franceses la pusiese un nombre nuevo, para escribirlo ellos sobre lo borrado.

¡Cuán lejos estaban aquellos pobres diplomáticos de figurarse que la patria de Pelayo sin gobierno, sin gefes, sin tesoros, sin plazas fuertes, sin ejércitos, sin armas, habia de hacer una guerra sin tregua, sin cuartel, guerra asoladora y sangrienta á aquel coloso que como Dios, podia decir en Europa: *per me reges regnant!* ¡Cuán lejos estaba de su mente, que ese pueblo entregado á sí mismo, habia de oscurecer el brillo de aquel astro luminoso, vencer á aquel nuevo Alejandro, y preparar así su destierro á Santa Elena!

Y sin embargo, un hombre joven lo adivinó: genio colosal frente á frente de otro genio. ¿Qué hubiera sido de la Europa, del mundo tal vez, si los dos hubiesen estado unidos?

Pitt, adivinó lo que iba á suceder.
—Encendamos una guerra nacional, dijo, y todavía podemos salvarnos.

—¿Y en donde la hemos de encender? le preguntaron.
—En España; contestó con tono profético.

Algunos lo tuvieron por loco; pero él tomó sus medidas para llevar á cabo lo que habia ideado.

Introdujo espías en el campo francés; hasta en los consejos del emperador y sus generales; y como llevamos dicho, cubrió de agentes la Europa, y en particular la España.

Hechas estas aclaraciones, vamos á narrar lo que se trató en la entrevista de la casa de Urdós.

—Con que condesa, decía uno de los interlocutores; os decidís al fin por esta aldea?

—Me ha parecido lo mas prudente, coronel, porque aqui estoy mas próxima al teatro de los acontecimientos que se preparan, y que han de ser de mucha importancia para nuestra causa. Desde aqui lo vigilo todo sin que nadie me vigile á mí.

—Dejemos títulos á un lado, Carolina, pues debemos acostumbrarnos á llamaros yo, señora; vos á mí, German á secas; y una vez convenidos en esto, permitidme que os diga que estos montañeses son sagaces y curiosos.

—Tengo partidarios entre ellos, German: y partidarios que me defenderán á riesgo de su vida.

—No lo dudo, pues para ello era preciso que fuerais menos hermosa.

—¡Oh! amigo, dejemos galanterías para otra ocasion, y ocupémonos de lo que nos conviene. Mi secreto se reduce á distribuir algun oro entre estas pobres gentes. Ahora veamos; ¿hay noticias de Madrid?

—Sí.

—¿Buenas ó malas?

—No muy buenas, Carolina.

—Ya hace tiempo que no acostumbro recibir otras: veamos cuáles son.

—Carlos IV, sigue embaucado por los consejos del favorito, que á su vez lo está por nuestro sublime emperador.

—German, dijo Carolina con enfado, mal tiempo es este para chanzas.

—Os hablo con toda formalidad: sublime emperador, es el

título que dan en Madrid, es decir en la corte, al aventurero corso.

—¿Pero el pueblo no conoce el grosero lazo que le están armando?

—¿El pueblo? ¡Ay señora mia! Ya veo que estais muy atrasada de noticias.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, que el pueblo recibe á los franceses como á libertadores.

—¿Es posible? preguntó asombrada la condesa.

—Tan posible es, que yo mismo he presenciado las ovaciones de que han sido objeto en Burgos, nuestros bien aventurados compatriotas.

—Pero esto es para volverse loca: dijo la condesa.

—Podeis prepararos á ello, porque motivos no os faltarán.

—No comprendo ese fatal error del pueblo y de la corte de España.

—¿Y en Inglaterra, lo comprenden? preguntó el coronel.

—Menos aun.

—Pues yo os explicaré ese enigma.

—Os lo agradecería en el alma, German.

—Es muy sencillo.

—No lo creo yo así.

—Vais á verlo. ¿Conoceis á cierto favorito....

—Godoy; bien, adelante, dijo la condesa con impaciencia.

—Ese es partidario de Napoleon.

—¿Por ambicion?

—Justamente: espera ser *aun* rey de los Algarves.

—¿Cómo aun? pregunto Carolina.

—Porque ya es tarde; pero escuchad, que yo os prometo cosas buenas. ¿Conoceis á cierto rey?

—Carlos IV.

—¿Y cierta reina?...

—Maria Luisa; ¿pero es que tambien esos tienen ambicion?

—No; pero tienen otra cosa peor.

—¿Y es?

—Que no ven mas que por ojos ajenos, y esos ojos están interesados en que todo lo vean cambiado.

—Eso ya lo comprendo, dijo Carolina.

—Muy bien: tenemos, pues, á Godoy partidario del emperador, y á los reyes no menos, porque lo es su favorito á quien aman. Tenemos asimismo el pueblo que recibe con los brazos abiertos á los batallones de Napoleon, porque creen de buena fé que vienen á España á librarlos del yugo de Godoy á quien aborrecen.

—De modo que....

—Aguardad un poco, señora, interrumpió German: ¿habeis oido en Inglaterra el nombre de cierto canónigo cuyas modestas pretensiones se reducen á asemejarse al Richelieu francés ó al Cisneros español?

—No sé á quién aludís, ni lo adivinaré á fé mia: tengo la cabeza trastornada con lo que acabais de noticiarme.

—Pues es el ayo ó preceptor del príncipe de Asturias.

—¿Y se llama?

—Escoiquiz.

—¿Y ese tambien es partidario de Napoleon?

—El mas ardiente, porque por medio de los franceses piensa conseguir su objeto favorito.

—¿Y es?

—Coronar á Fernando y hundir al príncipe de la Paz.

—Es decir que la corte de España es un hervidero de pasiones innobles y de odios sangrientos; es decir que la antigua y formidable monarquía española se halla sumida en la abyección mas repugnante y profunda: es decir, en una palabra, que nada se puede esperar de la corte ni del gobierno; y el pueblo, partícipe de esos vicios, sucumbirá....

—¡Oh, oh! Carolina, no vayais tan de prisa: el pueblo español es un pueblo virgen aun: y cuando vea que los franceses engañan Godoy, á Carlos, á Escoiquiz y á Fernando; cuando vea que la España va á ser convertida en un gran departamento francés, entonces rugirá ese león dormido, al parecer, y su rugido será terrible.

—¡Bah!

—Bien sabeis condesa, lo que es un pueblo engañado.

—Pero será tarde, German, muy tarde; porque cuando se aperceba del engaño y quiera sacudir su letargo, ese león estará encadenado.

—Las cadenas se rompen ó se liman: tambien vos sabeis algo de eso.

—De modo que aun conservais alguna esperanza: dijo Carolina.

—¿Quién sabe? contestó German.

Carolina quedóse pensativa.

—Y eso que las cadenas de que hablabais poco ha, empiezan ya á rodar y aprisionar los robustos miembros del león: añadió el coronel.

—¿German!

—Sí; porque ya los franceses reúnen fuerzas imponentes en las ciudades fronterizas, y esas fuerzas penetrarán en España paulatinamente ó á la vez, segun convenga á las miras de ese hombre afortunado.

—Y añadid, hombre superior, coronel.

—Como es eso, Carolina, ¿vos tambien bonapartista? Mirad que os voy á denunciar á nuestra corte.

—Bien sabeis que no lo seré nunca; pero conozco á los hombres, D' Herville; y descubro en ese corso un talento infinitamente superior al de muchos de los políticos que vos y yo conocemos.

—Casi, casi, soy de vuestra opinion, añadió el coronel.

—Opinion que en todo caso la justifican los hechos; observó la condesa.

—Teneis razon; pero tanto mas gloriosa será la lucha, cuanto mas considerado sea el enemigo contra quien se combate.

—¡Oh! Yo creo que esa lucha de que hablais, se va haciendo imposible.

—¿Con que lo creéis así? preguntó German, observando atentamente á Carolina.

—Vaya si lo creo.

—Es decir que....

—Es decir que convencida de que nada puede emprenderse con éxito contra ese hombre, estoy muy próxima á adoptar el partido que tantos otros, mas previsores sin duda, han adoptado ya.

—¿Y qué partido es ese, condesa? preguntó el coronel sentándose junto á Carolina.

—El de marchar á Paris y adherirme, aunque sea en apariencia, al actual orden de cosas.

—¡Bah! exclamó el coronel vivamente alarmado al notar el decaimiento de ánimo de la condesa y del sesgo que tomaba la conversacion.

—Os lo aseguro á fé de quien soy.

—Sin duda os estais chanceando, Carolina.

—Repito que tal es mi determinacion. Estoy cansada de una lucha tan larga y tan estéril.

—Eso lo veremos, pensó German. Y luego añadió en voz alta: estoy pensando que no vais descaminada en vuestro propósito. Asi volveréis á vuestros salones y no se hará esperar mucho tiempo alguna invitacion para los bailes imperiales.

—Lo pensaré, coronel, no lo tomeis á burla.

—¿Burlarme yo? observó German sonriéndose con la mayor naturalidad: de ningun modo. Tal vez me dé la tentacion de acompañaros.

—Hacedlo D' Herville: quizá lo acertemos.

—Es cosa que merece reflexionarse, Carolina.

—Pues reflexionadlo, querido amigo.

Y German se quedó pensativo. Mientras Carolina creia que el coronel se ocupaba en pesar en su mente el pró y el contra del paso que se proponia dar, éste andaba buscando un medio para reanimar el entusiasmo en aquella alma abatida por el infortunio ó demasiado voluble para poder seguir con constancia el lento y tortuoso camino que debia conducirlos á un fin próspero, si bien lejano aun.

Largo rato hacia que permanecían en silencio, cada cual entregado á sus reflexiones: Carolina lo rompió al fin.

—Y bien, D' Herville, dijo.

—Pst, contestó el coronel encogiéndose de hombros; todo se reduce á que yo baile con alguna panadera á cuyo marido lo hayan nombrado coronel, y vos, condesa, con el comandante Bertholon, que dicen fué mozo de caballos en su niñez.

Al oír este nombre, dió un salto la condesa como si la hubiera picado una vibora.

—¿Qué habeis dicho, D' Herville? preguntó con ronca voz y tornándose livida.

—Vamos, esto ya es otra cosa, pensó el coronel.

—¿Qué habeis dicho, German? tornó á preguntar Carolina con mas ahínco.

—¿Yo? Espero que no sea nada que pueda desagradaros.

—No: observó la condesa con una sonrisa forzada: desagradarme.... ¿por qué? solo que habeis pronunciado un nombre... que conozco... aunque ya no recuerdo donde lo he oido.

—Sin duda al leer los boletines del Corso. En ellos se han ocupado mas de una vez del citado comandante.

—Tal vez: y al decir esto una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus labios.

—¡Oh! y segun mis informes, es persona muy apreciada en la corte militar de Bonaparte, en donde representa un gran papel.

—¡Bah! no lo creo.

—¿Sabeis, Carolina, que sois injusta con ese comandante?

—¿Yo?

—Sí, vos; y cualquiera diria ademas que le teneis rencor.

Los ojos de Carolina lanzaron un rayo siniestro, que aunque rápido como el pensamiento, no pasó desapercibido para D' Herville.

—¿Rencordecis, amigo mio? preguntó la condesa arreglando con sus lindos dedos los numerosos rizados de su magnífica cabellera. ¿Y por qué he de tenerle odio, cuando ni tan siquiera lo conozco?

—Así es: en todo caso hariais mal en odiarlo tan solo porque sigue las banderas del usurpador. Es un excelente gefe de batallon, y se dice que el suyo forma parte del cuerpo de ejército reunido en Bayona.

—¿En Bayona? preguntó bruscamente Carolina. ¿Tan cerca German, tan cerca?

—Así me lo escriben ayer: de modo que en lugar de marchar hasta Paris para bailar con él, podreis conseguirlo montando en una mula que os conducirá en cuatro ó cinco horas á su lado.

La condesa le miró fijamente como si quisiera penetrar el verdadero sentido de las palabras de que hacia uso su interlocutor. Pero este aparentaba tan perfecta indiferencia, se sonreía con tal naturalidad, que Carolina nada pudo adivinar.

—Con que, amiga mia, prosiguió D' Herville, id á Bayona, atraed á vuestro lado á Bertholon, domesticadlo, pues tengo entendido que así como es un dios Marte para la guerra, es un verdadero oso para las mugeres.

La condesa nada contestó: frunció imperceptiblemente el ceño, apoyó la frente en la palma de la mano, y quedóse pensativa. Lo que pasaba en el corazón de aquella muger, solo Dios y ella lo sabian. El coronel seguía con avidez los mas pequeños movimientos de los músculos de su cara procurando adivinar por ellos el pensamiento que tanto preocupaba á la condesa. A pesar de una observacion tan tenaz, D' Herville proseguía sonriéndose como un hombre que acaba de dar un buen consejo, y que está seguro de que ha sido bien recibido.

De repente Carolina levantó la cabeza y acercándose algun tanto al coronel, le dijo:

—Con que deciais, German, que el pueblo español podria sacudir su letargo.

—Tal creia antes.

—¿Y ahora?

—Confieso que despues que os he escuchado, casi he perdido las esperanzas. Ademas, si vos os marchais á Paris....

—¿Y si no me marchó? ¿Sí me quedase aquí?

—¡Oh! entonces me quedaria tambien yo, y seriamos dos para trabajar.

—Pues bien, me quedo, dijo Carolina.

—Gracias á Dios: murmuró el coronel.

—Me quedo, amigo mio, y trabajaremos cuanto podamos, añadió Carolina.

—Sea enhorabuena; y prometo ayudaros con todas mis fuerzas.

—Bien está! ahora veamos: el pueblo español, que como deciais al principio de nuestro coloquio, es un pueblo virgen, puede romper las cadenas que lo oprimen por medio de un esfuerzo heroico y encender....

—Una guerra terrible, mortífera, la mas sangrienta de las guerras, interrumpió el coronel.

—Pues es necesario no desaprovechar la primera ocasion que se presente; repuso con viveza la condesa.
—Ya lo creo, replicó German; pero para ello se necesita prepararlo.
—Lo prepararemos.
—Se necesita esparcir hábilmente noticias alarmantes.
—Las esparciremos.
—Procurar por todos los medios herir su amor propio nacional.
—Lo intentaremos.
—Y si se pudiese provocar un choque cualquiera, por insignificante que parezca, con las tropas francesas y los paisanos españoles, casi respondia del éxito.
—¡Oh! si las huestes de Napoleon entrasen en España por estas inmediaciones como lo verificaron hace años....
—¿Qué hariais? preguntó German.
—Provocaríase ese choque, os lo juro.
—Pues creo que la ocasion se os viene á la mano. Hay motivos para creer que antes de un mes se dirigirá á Pamplona una brigada francesa.
—No quisiera que fuese tan lejos.
—¡Vaya una casualidad! exclamó German de pronto.
—¿Qué es ello?
—Nada, contestó encogiéndose de hombros. La brigada destinada á Pamplona, la manda el general D^e Armagnac.
—Eso nada supone.
—Teneis razon. La brigada consta, prosiguió el coronel, de dos batallones de suizos y uno de linea francés.
—¿Y qué nos importa eso?
—Poca cosa; pero esa casualidad me da en qué pensar.
—Acabareis de una vez; exclamó la condesa impaciente.
—Figuraos, Carolina, que el comandante del batallon francés, es un amigo vuestro.
—¿Quién es? Tengo pocos amigos entre los imperiales.
—El comandante Bertholon, el que os podia servir de pareja en el baile.
—¡Oh! ¡oh! dijo Carolina con una sonrisa siniestra; me parece que con esa brigada provocaré yo el primer combate.
—¿Pero contais con medios para ello?
—Recuerdo haberos dicho que tengo algunos partidarios en estas inmediaciones.
—Así es, condesa, y lo celebro. Manejaos, pues, con ellos, como mejor os parezca: yo voy á ocuparme en dar cuerpo á esas voces alarmantes de que os hablé, y que á prevención he esparcido ya.
—Bien está.
—Supongo que yo seguiré desempeñando el papel de mayordomo vuestro....
—Si habeis de permanecer en mi compañía....
—Esas son mis instrucciones: á menos que vos no me despidais....
—¡Oh! perded cuidado. Y á propósito, German, ¿por qué me habeis hablado del comandante Bertholon con tanto empeño?
—No tenia interés ninguno en ello, os lo juro. Os lo he nombrado como pudiera haber hecho á otro cualquiera.
—¿Fé de caballero?
—Fé de caballero y de conspirador.
—Sea así. Con qué ojo avizor, coronel, dijo Carolina: yo pienso ejercitar el sentido de la vista.
—La lengua quieta, condesa, contestó German; yo pienso enmudecer.
En seguida saludó á Mad. de Bréssens y desapareció.

(Se continuará.)

Los nidos de los pájaros.

El estudio relativo al arte de construir de los animales, es seguramente un objeto de los mas interesantes en el campo de las ciencias naturales, sobre todo, tratándose del instinto arquitectónico de los pájaros que tanto excita nuestra admiracion, sin que por eso hayamos logrado todavia resolver este misterioso problema.

Un nido, dice cierto naturalista, puede ser considerado como una especie de cuna ó lecho que se construyen los pájaros para deponer en él sus huevos, empollarlos y criar sus hijos. Debía haber añadido este mismo autor que este nido es de una construccion sumamente ingeniosa, elegante, regular y sólida, empezado y llevado á cabo con un esmero estremadamente solicito, bajo el influjo de una necesidad imprescindible, trabajo que contemplará el atento observador siempre con indecible gozo por la extraordinaria é indefinible habilidad con que ha sido ejecutado.

Cada clase de pájaro tiene tambien formas especiales para sus nidos, y un sitio particular para los mismos. Las aves de rapiña fabrican sus nidos sobre escarpadas rocas y elevadas torres; construyen su morada con ramas, habiéndoles dotado la naturaleza para su perfecto manejo de una musculatura fuerte, y estos nidos construidos con infinito trabajo y gasto de tiempo, sirven despues para los nietos y biznietos, porque muy raras veces sucede que estas aves y su familia abandonen el primer monumento de ternura maternal, siendo ademas su construccion tan bien calculada y sólida que ni el tiempo ni los rigores de la estacion pueden destruirlos.

La mayor parte de los pájaros se contentan con situar su nido sobre la rama de un árbol, un ligero ramaje de un matorral, un terron, y como material de construccion les sirven pajas, barro, pedacitos de madera y otras cosas que van á buscar á veces á muy largas distancias para venir despues presurosos á depositarlas en el lugar elegido para el nido. Los únicos instrumentos de que disponen son el pico y las patitas, con las cuales doblegan, entretrejen y acondicionan aquellos materiales hasta que va resultando una verdadera obra maestra.

Hay casta de pájaros que con una habilidad extraordinaria cuelgan sus nidos en esbeltas ramas, que ceden al mas mínimo impulso del aire; otros eligen parages elevados en edificios ó en grietas y hendiduras de peñascos, formando el nido de barro ó tierra arcillosa que humedecen si es necesario con saliva ó agua que buscan al efecto, resultando así una argamasa bastante glutinosa. Este nido tan ingenioso

ya en su parte exterior, tiene interiormente á veces divisiones en toda forma, ó sean tabiques para que el padre de familia pueda retirarse, por decirlo así, á su aposento, cuando su presencia no sea necesaria, ó despues de haber traído ya el necesario sustento á la familia, en donde ceba y observa lo que pasa por fuera, ó descansa un poco de sus faenas. ¡Cuántos viages entre idas y venidas no son menester para dar cima á aquella obra, y que génio tan industrioso no se descubre en su ejecucion verificada con una paciencia instintiva é inculcada por la naturaleza!

Otros hay que sitúan sus nidos en la tierra entre algunos terrones que los protejan contra el viento y las aguas. Su construccion es menos ingeniosa, pero no por esto dejan de ser muy cómodos y seguros. Por último, se conocen otros que no cuidándose mayormente de todo esto, y por naturaleza mas perezosos, se contentan con un hoyo abierto en la tierra ó en la arena, donde depositan los huevos y dejan el empujamiento á los rayos del astro del dia, volviendo, sin embargo, de noche á cubrirlos y cuidarlos.

Entre todos los nidos, es uno de los mas admirables el que confeccionan los paros, que observan al efecto miles de precauciones, las mas acertadas. Estos nidos se hallan enteramente cerrados, y solo hay un pequeño agujero que sirve de puerta y ventana, y se halla tan escrupulosamente atrincherao, por decirlo así, que estorba todo acceso del enemigo, y á fin de que ni aun el frio pueda penetrar ha inventado el paro una especie de mampara que cierra su castillo, tejida de manera que puede penetrar la luz del dia y el aire, entrando y saliendo sus habitantes sin el menor deterioro de la misma. Para sustraerse aun mejor á los ojos del enemigo oculta el nido con las ramitas y hojas de yedra que cubren las ramas.

El verdor trae al mundo otro muy diferente instinto de precaucion y resguardo, pues construyendo su nido en terrenos pantanosos, y regularmente en el ramaje de los sauces, árboles que preferentemente crecen en aquellos terrenos, y á orilla de las aguas corrientes, para librar á su cria del peligro y daño de este elemento, da al nido una construccion tal que puede flotar en caso necesario como una ligera barquilla, cubriendo sus paredes interiores con una especie de argamasa que no deja penetrar el agua.

Igualmente son muy dignos de atencion los nidos de los tordos, pinzones y emberizos; pero aun mas los verdaderamente maravillosos que construyen los picogordos, ó sean cotraustos, ejecutados mancomunadamente y en número tan extraordinario que pueden albergarse de quinientos á seiscientos de estos pájaros, que viven en una armonia tan íntima, que los franceses los denominan los *republicains*. Reúnense centenares de ellos para construir sobre un árbol frondoso un grande tejado ó artesonado tan compactamente tejido con pajas, hojas, etc., que no puede de manera alguna penetrar la lluvia. Concluido este trabajo preparatorio distribuyen y señalan los sitios para los nidos que van á fijarse debajo de aquella techumbre ó especie de artesonado unido uno al lado de otro y con iguales dimensiones. Cada una de estas viviendas tiene su propia entrada, sin perjuicio que en alguno que otro caso una sola puerta hace las veces aunque sea de tres ventanas, y entonces hay una á la izquierda, otra á la derecha, y otra en el fondo; asimismo sucede que dos vecinos se hallan bajo un pie tan familiar, que tienen una entrada comun. De todo esto resulta que el trabajo se acorta mucho, puesto que el tabique del vecino sirve al del nido inmediato, procurando empero siempre que el agua en casos extraordinarios no pueda lastimar las débiles paredes laterales.

Los nidos de un diámetro como de tres pulgadas son de verbas y hojas mas finas que las del tejado grande, pero tambien muy fuertemente entrelazados é interiormente acolchados con pluma viva. Si se aumenta la poblacion se construyen las nuevas viviendas sobre las antiguas; y las abandonadas por anteriores habitantes son en parte convertidas en calles y cruceros para abrir comunicaciones.

El sabio naturalista francés Vaillant trajo una de estas techumbres con sus correspondientes nidos, de los cuales llegó á contar hasta trescientos veinte, y así es que calculando un par para cada nido resulta una colonia hasta de seiscientos cuarenta habitantes. Seria en extremo curioso é interesante el observar durante el trascurso de un año esta singular y numerosa familia, y sobre todo en los momentos cuando empiezan á prodigar sus cuidados á la nueva generacion. Es de presumir que luego que esta empiece á volar abandonen todos este recinto, y que permanecerá desalojado hasta la época de la otra cria. No se sabe cómo se efectue la organizacion de estas asociaciones, y cómo despues de su disolucion vuelve á congregarse, de modo que carecemos justamente de aquellos datos que mas nos pudieran interesar.

Una especie de nidos hallamos tambien consignados en las páginas del diccionario de la gastronomia como en el de la zoología, á saber, el nido de la golondrina indiana, objeto que constituye un tráfico y comercio muy importante en los mares de la India y de la China, considerando los holandeses aquellos nidos como uno de los platos mas exquisitos y succulentos de la cocina. La configuracion de estos nidos naa tiene de particular, pero no son confeccionados, como en otro tiempo se creyó, de huevos de pescado y sustancias animales, sino de una amalgama de unas ramitas procedentes de una planta marítima conocida bajo el nombre de nayada; á lo menos cree el naturalista Lancouroux haber encontrado partes de este vegetal que crece en los mares de la India, y que contienen mucha sustancia de azúcar entre el material que constituye el nido. Estos se encuentran generalmente en cuevas que hay sobre las costas de las islas del Océano, como por ejemplo en las de Timor, Flores, Amboina, Taiti y las Marquesas. Para llegar á estas cuevas se hace preciso descender á centenares de pies de profundidad, y por escarpadas rocas, quedar despues horas y horas suspendido sin otro apoyo que una escala ligera hecha de cañas ó de bambú, que se aseguran en las peñas. Al entrar en dichas cuevas se encuentra una hacha para encontrar los referidos nidos, que á veces se hallan muy escondidos dentro de las hendiduras de las peñas, en cuyo interior solo se puede llegar con mucho trabajo. Reina allí una oscuridad eterna, y el silencio solo queda interrumpido con el eco que produce el ruido de las olas que con violencia vienen á estrellarse contra las insensibles rocas. El pie del que baja ha de estar muy seguro, y la cabeza en su lugar, para trepar por esas deleznales peñas,

que mas bien son despeñaderos, pues un paso mal dado llevaria en pos de sí una muerte segura.

Las catástrofes son aquí muy frecuentes, y á lo mejor se oye un grito de espanto, la luz del hacha se apaga, y el estrépito terrible de algun trozo de peña desencajado que rueda al abismo, viene á llamar los ecos pavorosos de aquellas cuevas, anunciando á los demas cazadores la muerte desastrosa é inevitable de algun compañero.

Los nidos mejores de esta clase y que mayor aceptacion tienen, se encuentran en las cuevas mas húmedas, pues son mucho mas blancos y transparentes que los demas.

La recoleccion se verifica dos veces al año, y si en esta operacion se tiene el cuidado necesario, se halla despues siempre un número igual.

Lo único que se hace con estos nidos antes que se remitan á la China, es disponer que se sequen bien á la sombra, puesto que los rayos del sol harian desmerecer su color y calidad, siendo despues cuidadosamente empaquetados en pequeños cajones de madera con un contenido de unas sesenta libras.

Una gran parte de estos nidos pasan á la corte del imperio celeste, porque los chinos pretenden que apenas habrá manjar mas estomacal; pero regularmente consistirá su principal mérito en el precio con que son vendidos, lisongeando así la vanidad de los ricos, como artículo de lujo.

Se remiten anualmente unas doscientas cuarenta y dos mil libras de estos nidos á la China, y viniendo á costar por término medio 50 florines (unos 400 rs.) cada libra, puede calcularse que los chinos pagan á las islas del archipiélago mas de 12.000.000 por año. Este comercio constituye un verdadero monopolio para los soberanos de las islas en que se hallan aquellas cuevas; y no raras veces se han suscitado encarnizadas guerras entre los habitantes, disputándose la propiedad de las cuevas. Fácil es de concebir que un género de tan subido precio ha de excitar extraordinariamente la codicia, así es que las cuevas mas accesibles son á veces invadidas por la pirateria que no solamente buscan los nidos, sino que estropean las peñas con detrimento de la inmediata cosecha. En aquellos puntos donde hay orden y un sistema fijo y bien entendido y á las cuales hay un acceso mas dificultoso, queda el trabajo de la recoleccion muy bien recompensado, y estos puntos son principalmente las cuevas de Gönang, Götö en Java, pues surten cuando menos unas siete mil libras de nidos, que con el precio ordinario que tiene este género en los mercados de Batavia, resulta un producto de unos 2.800.000 rs.

Los gastos de explotacion, secacion y empaque ascenderán á un 40 ú 44 por 100.

España.

APUNTES GEOGRAFICOS Y ESTADISTICOS.

Nada nos ha parecido mas propio del título que hemos adoptado que dar una sucinta idea de nuestro pais, ya que con el tiempo la iremos dando de todos los demás del globo. Suele ser defecto muy comun hablar mas de lo ageno que de lo propio; nosotros hemos querido evitarlo y estamos seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

La España, llamada tambien *Hispania*, *Iberia* y *Hesperia*, ocupa la mayor parte de la península Ibérica. Compárase su figura que reproducimos en el mapa que acompaña, á la piel de un toro estendida, cuyo cuello avanza al estrecho Gaditano que la separa del Africa. Está comprendida entre 36° 0' 30" y 43° 46' 40", de latitud N., con 460 leguas de anchura y entre 7° 2' 46" de longitud E. y 5° 34' 4" de longitud O. ó sea 200 leguas de largo con 14.853 leguas cuadradas de superficie. Confina por N. E. con el reino de Francia y república de Andorra, en 97 leguas de frontera; por el O. con el reino de Portugal, en una frontera de 431 leguas; y por el S. con la colonia inglesa de Gibraltar, en una línea de legua; por las demas partes la bañan los mares Océano y Mediterráneo en 487 leguas de costa. Forman las estremidades al N. el cabo Ortegal; al E. el cabo de Creus; al S. Tarifa, y al O. el cabo de Finisterre. Las noches y los dias mas largos en sus provincias meridionales, son de 14 horas y 30 minutos, y en las septentrionales de 15 horas y 15 minutos, al paso que la diferencia del meridiano entre la costa oriental y occidental es de 50 minutos y 54 segundos de tiempo. La España por su estension tiene señalado el noveno lugar entre las potencias de Europa; y forma la 23.ª parte de nuestro continente.

España es sin duda la region mas montañosa de Europa, excepto la Suiza, pues en todas direcciones la recorren cadenas de montañas á que se da el nombre de Sierras, las que reunidas forman uno de los trece sistemas europeos, que se distingue con el nombre de Hespérico; las vertientes de estas montañas forman infinitos arroyos ó ramblas, y doscientos cincuenta rios, pero solo ocho de estos tienen alguna importancia y son: el Ebro, el Duero, el Tago, el Guadiana, el Guadalquivir, el Miño, el Segura y el Júcar.

Entre las islas que rodean á la península, son las principales en el Mediterráneo, las Baleares, las Pituisas y la de Tabarca; y las de Leon, Salvora, Arosa, Sisargas, Seyas, Ons y Bayona en el Océano. Las siete islas de Gran Canaria, Tenerife, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, Palmas y Hierro, llamadas en general Canarias, y las tres muy pequeñas denominadas Chafarinas, si bien físicamente pertenecen al Africa, se consideran como provincias adyacentes.

Solo son dignos del nombre de golfos el de Vizcaya ó Gascuña y el de Rosas; pero hay excelentes y estensas bahías, como las de Vigo, Coruña, Cádiz, Cartagena y Alicante.

No hay lagos, pero si lagunas considerables como la de Ruidera, Ojos de Guadiana, Antequera, Mar menor, Albufera, Benavente, la Nova, Urbion, Bejar, Gredoz y Gallocanta.

El cuadro sinóptico, inserto en la plana siguiente, da una idea bastante completa de la division política de España y de su poblacion.

MELLADO

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, numero 8



CUADRO SINÓPTICO DE LA DIVISION POLÍTICA DE ESPAÑA Y DE SU POBLACION (1).

Antiguos reinos y territorios.	Provincias.	Partidos judiciales.	Ciudades.	Villas.	Lugares.	Ayuntamientos.	Habitantes.	Antiguos reinos y territorios.	Provincias.	Partidos judiciales.	Ciudades.	Villas.	Lugares.	Ayuntamientos.	Habitantes.
Reino de Toledo, ó sea Castilla la Nueva.	Madrid. C. G. A. U.	43	4	444	80	245	308,636	Principado de Cataluña.	Gerona. O.	6	4	48	417	420	262,594
	Guadalajara. O.	9	3	248	210	459	499,746		Lérida. 3 O.	8	5	78	690	323	452,746
	Cuenca. O.	9	3	207	62	348	252,723		Barcelona. 2 O. C. G. A. U.	41	4	56	357	389	533,695
	Toledo. a.	42	4	454	64	243	246,599		Tarragona. a. O.	8	4	72	457	212	247,055
	Castellón-Real.	40	2	86	6	97	302,594		Castellón. O.	10	2	71	75	448	499,220
Reino de Castilla, ó sea Castilla la Vieja.	Santander. O.	44	4	43	582	443	406,730	Reino de Valencia.	Valencia. a. C. G. A. U.	21	3	89	490	281	388,759
	Burgos. C. G. A. a.	42	2	444	690	727	234,022		Alicante. O.	14	5	52	99	450	368,961
	Ávila. O.	6	4	72	326	296	432,936	Reino de Murcia.	Murcia. O.	8	3	56	203	48	400,000
	Segovia. O.	5	4	62	254	327	403,700		Albacete. A.	8	3	58	47	80	495,531
	Soria. O.	5	2	85	364	496	440,000		Almería. O.	9	4	29	69	403	292,334
	Logroño. O.	9	6	478	404	499	485,519	Andalucía, ó sean los cuatro reinos de	Granada. a. O. C. G. A. U.	43	8	77	435	205	427,250
Reino de León.	Salamanca. 2 O. U.	8	2	66	436	441	280,314		Jaén. O.	42	6	96	33	96	307,440
	Valladolid. O. C. G. A. U.	9	2	177	86	261	484,644		Córdoba. O.	46	5	64	7	77	278,655
	Palencia. O.	7	1	463	285	444	448,491		Málaga. O.	5	5	79	29	440	438,000
	Zamora. O.	7	2	400	338	487	459,425		Sevilla. a. C. G. A. U.	43	4	90	2	96	367,303
	Leon 2 O.	40	2	486	970	494	277,438		Cádiz. O.	14	11	29	4	41	342,094
Reino de Galicia.	Orense. O.	44	4	24	883	95	319,038		Huelva.	6	2	28	48	78	433,470
	Pontevedra. O.	44	2	20	67	67	360,002	Provincia de Extremadura.	Badajoz. O. C. G.	45	4	423	45	162	295,923
	Lugo. 2 O.	44	2	9	64	64	419,437		Cáceres. 2 O. A.	43	3	422	100	226	264,988
	Coruña. a. C. G. A. U.	44	3	40	874	400	435,670	Islas adyacentes.	Balears. 3. O. C. G. A. U.	6	5	45	57	60	253,000
Principado de Asturias.	Oviedo. O. A. U.	45	4	56	3665	77	454,610		Canarias. 2. O. C. G. A.	7	4	67	24	97	243,364
Señorío de Vizcaya.	Vizcaya.	5	4	20	88	423	96,733	Costa de África O.	Costa de África O.	2	2	2	2	2	3,095
Provincias Vascongadas.	Guipúzcoa.	4	2	70	23	93	412,640	América, ó sea Antillas.	Isla de Cuba. a. O. C. G. A. (2).	29	42	40	108	279	4,050,000
	Álava. C. G. U.	5	4	88	344	90	70,464		Isla de Puerto-Rico. O. C. G. A.	32	3	3	3	3	400,000
Reino de Navarra.	Navarra. 2 O. C. G. A.	5	9	445	646	264	233,874	Oceania.	Islas Filipinas. a. 3 O. C. G. A. (3)	32	4	4	4	4	3,516,253
Reino de Aragón.	Huesca. 3 O.	8	4	57	568	660	214,874		Islas Marianas.	4	4	4	4	4	5,350
	Zaragoza. a. O. A. C. G. U.	43	5	97	209	331	404,823		Islas Carolinas.	4	4	4	4	4	45,000
	Teruel. 2 O.	40	2	472	414	285	214,988	Guinea.	Islas de Palaos.	4	4	4	4	4	4,000
									Fernando Pó.	4	4	4	4	4	4,000
									Annobon.	4	4	4	4	4	4,000
									Corisco.	4	4	4	4	4	4,000
Sumas.		254	65	3207	42262	7533	6.498.394	Totales.		5.3	474	4746	45130	41423	47.884.004

- (1) Las letras C, G, indican que en algun pueblo de la provincia donde se trazan, hay capitania general, la a, indica arzobispado, la O, obispado, la A, audiencia y la U, universidad.
 (2) Dividese toda la isla en tres secciones militares, ó sean departamentos que se denominan: Occidental, Central y Oriental.
 (3) Dividense en treinta y dos provincias, ó sean alcaldías, que aqui contamos como juzgados.